

que es la madre universal. En el orden de la naturaleza, la humanidad, por conducto de vuestra madre, os ha concedido el don de un sentido comun humano; y en el orden de las verdades eternas, Dios, por conducto de la Iglesia, os ha concedido lo que se puede llamar el sentido comun divino. Por esto dice S. Pablo: La fé proviene del oír, y el oír depende de la palabra de Cristo: *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi*. Por esto Jesucristo ha dicho á la Iglesia: Id, y enseñad: *Euntes ergo docete*. La Iglesia envia sus ministros al país de los salvajes, que nunca han oido la palabra divina, y que, cuando más, conservan algunos resabios de la tradicion: llegan allí los ministros de la Iglesia, que ni siquiera conocen todavía su idioma. ¿Qué van á hacer con semejantes condiciones? Erigen una cruz y se postran ante ella; los salvajes se agrupan en torno de aquel desconocido que ora, y el misionero, en un lenguaje imperfecto, que apenas sabe articular, les explica las verdades simbolizadas en la imagen de Dios clavado en aquel madero; y así como en vuestra cuna os abrió el oido el acento de una madre para comunicaros las ideas, que han sido el elemento constitutivo de vuestra razon, así el acento del misionero, que representa á la Iglesia, abre el oido de aquellos salvajes, penetra hasta su entendimiento, y encontrando allí el germen divino, lo desarrolla: los salvajes doblan entónces sus rodillas, creen en Jesucristo muerto por ellos, le adoran, y su alma transfigurada, aspira á la eternidad, realizando las palabras de S. Pablo: La fé proviene de oír, y el oír depende de la predicacion de la palabra de Cristo: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*.

Acaso, hermanos míos, me argüireis, que hay, cuando ménos, una diferencia, entre la formacion de la fé y la de la razon, á saber, que la palabra humana, alcanzando á la raiz oscura de las ideas naturales, las eleva y esclarece, miéntras la palabra de la Iglesia, á pesar de todo su poder, no eleva las ideas divinas sobre su profundidad sombría y misteriosa. Os engañais: ni las ideas divinas ni las ideas humanas llegan á ser comprendidas claramente por el entendimiento, pues siempre queda en unas y en otras la gran incógnita de la sustancia; pero las ideas divinas, como las ideas naturales, nos iluminan; y si así no fuese, jamás las aceptaria el entendimiento. Al entendimiento le es imposible ver en medio de la oscuridad, así como los ojos no pueden ver en medio de las tinieblas sin el auxilio de la luz, de donde resulta, que para él no existe lo que el entendimiento no ve. Si ha de someterse á las ideas divinas, es necesario que las vea; y para que las vea, necesita luz. Hé aquí, hermanos míos, una idea divina: «Bienaventurados los que lloran.» A ningun sábio se le habia ocurrido esta idea,

que, á primera vista, parece inconcebible: no obstante, es sumamente clara para los verdaderos cristianos, y ha contribuido á enjugar más lágrimas que todas las teorías y preceptos de los filósofos. Convengo, sin embargo, en que para vosotros esta idea es oscura; ¿en qué consiste, pues, que una idea clara para unos, sea oscura para otros? La explicacion es muy sencilla. ¿No vemos tambien en el orden de la naturaleza principios, que son evidentes para los unos, miéntras son incomprensibles para los otros? Apenas se le indica, comprende el matemático una proposicion, que carece de sentido para el hombre que no sabe matemáticas.

Además, la fé no es solo un acto del entendimiento, sino tambien un acto de la voluntad. La voluntad es la facultad de amar; y así como del entendimiento surgen la razon y la fé, así tambien de la voluntad brotan dos raudales, el del amor natural y el del amor divino. El amor natural nos une al mundo creado; el amor divino nos lleva al mundo increado: el primero nos aleja de la fé; el segundo nos impele hácia ella, aún cuando no es perfecto, y se halla en el estado de presentimiento ó de deseo. Fijad la atencion en vosotros mismos: ya rompa el infortunio uno de vuestros vínculos, ya penetre en el fondo de vuestra alma un sonido melancólico, cada vez que os eleva sobre la tierra un soplo venturoso, se os aparece la fé, y os trasmite una sensacion especial. Se ha inclinado el eje de vuestra voluntad con un movimiento imperceptible, y al punto os ha favorecido la fé con un vislumbre lejano y oscuro. Si pudieseis amar, podriais creer. Pero ¿cómo amar lo que no se ve, cuando en ello no creemos? Si la fé depende del amor, ¿el amor no depende acaso de la fé? Este argumento supone, hermanos míos, que lo bello y lo bueno, considerados en el orden divino, son ajenos al hombre, y que el hombre no puede dejarse atraer hácia ellos, ántes que la fé domine completamente en el entendimiento. Si así fuese, la fé seria imposible, porque es necesario, segun las condiciones de nuestro sér, que la voluntad dé impulso al entendimiento, y la voluntad no se mueve sino á impulsos de la belleza y de la bondad de un objeto. Así, pues, como la palabra de la Iglesia halla en el alma y despierta en ella el germen de las ideas divinas, debe tambien encontrar y excitar en ella el germen del amor divino: así tambien la naturaleza, al dirigirse al corazon del hombre para conmoverlo, encuentra pronta y predispuesta la fibra del amor terrestre. Igual es la ley que rige en uno y otro caso.

¿Cómo excitamos en nosotros el amor natural? Poniéndonos en relacion con las criaturas. Amamos la luz, porque nos comunicamos con ella por los ojos; amamos el calor, porque nos comunicamos con

él por todos los poros; amamos los perfumes, porque nos comunicamos con ellos por el olfato; amamos lo bello sensible, porque se nos comunica por todos los sentidos. Si no os hubieseis hallado en relacion con un objeto, os seria imposible amarlo; desde que estais en relacion con él, podeis amarlo, y lo amareis infaliblemente, si hay en él hermosura y bondad. Ved aquí, hermanos míos, como se forma y excita el amor natural; pues del mismo modo se forma y excita el amor divino. Dios, que ha dado á las criaturas tanta magnificencia y atractivos tan notables, á fin de que nuestro corazon se dejase conmover por ellos, no ha sido ménos grandioso y grande, al exponer á las miradas de los hombres la hermosura y la bondad divinas. Se las ha mostrado en el Hombre-Dios, conversando con nosotros, y muriendo por nuestro amor en el Calvario: y ha escrito el Evangelio para infundir en nuestro corazon la historia inefable de aquella vida y de aquella muerte. Sin duda la fé, por sí sola, nos dá la certeza de que Dios nos ha amado hasta morir por nosotros; pero así como la palabra reclama la adhesion del entendimiento á las ideas que nos comunica, ¿por qué no ha de reclamar la adhesion de la voluntad al amor que revela? La palabra tiene dos objetos en lo humano y lo divino; ilustra y mueve, produce la luz y el afecto. Solo resta que nos prestemos á ella, así respecto del amor divino, como respecto del amor humano; no hay más que ejercer un acto de voluntad así para el uno como para el otro. Sin la voluntad, todo es imposible, tanto la fé, como todo lo demás, sin que la fé sea imposible en mayor grado. No tendríamos derecho de quejarnos, á no ser que el cristianismo no tuviese cosa alguna suficiente para mover nuestra voluntad hácia él; pero esta queja carece de fundamento. Cuando rechazamos el cristianismo, rechazamos, por una ingrata preocupacion, el mayor de los amores que ha buscado al hombre; abusamos, por un exagerado esfuerzo de nuestra libertad moral, y trocamos en maldicion contra nosotros el dulce cántico que entonaban los ángeles al nacimiento del Hijo del hombre: Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! Estas palabras explican como tantos hombres, que nada saben, alcanzan la fé: la alcanzan por el camino del amor: su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, por su sublimidad ha correspondido sin violencia al contacto de la caridad. Han reconocido á Dios en la bondad más que en la luz, y la luz, inclinándose hácia su corazon, se ha introducido en él por medio del amor.

2. He dicho, hermanos míos, que la formacion de la fé, semejante en su desarrollo á la formacion de la razon, supone el gérmen

divino del conocimiento y del amor, infundidos en nosotros por la mano de Dios; necesitamos, pues, la cooperacion de Dios para conseguir la fé, y esta cooperacion es libre por su parte, á lo ménos despues que, abusando de sus dones, hemos alterado su virtud por nuestra culpa. La libertad del hombre ha menester el contrapeso de la libertad de Dios; y, por lo tanto, si Dios está apartado del hombre, no puede consumarse el misterio de la fé en nosotros, si no podemos atraernos la cooperacion de Dios. Mas ¿por qué medios podrá excitarse esta cooperacion? ¿Quién será bastante fuerte para hacer violencia á Dios, y para hacerle violencia sin agravio de su libertad? La oracion. La oracion es la reina del mundo: cubierta de humilde ropaje, inclinada la frente, tendida la mano, protege al universo con su majestad: se dirige continuamente, desde el corazon del débil, al corazon del fuerte; y cuanto más humilde es el punto desde donde implora, cuanto más excelso es el trono á donde asciende, más seguro es su imperio. Si un insecto pudiese suplicarnos cuando vamos á pisarle, nos conmoveria profundamente; y como nada hay superior á Dios, son altamente eficaces las súplicas que le dirigimos. La oracion, hermanos míos, restablece nuestras relaciones con Dios, nos proporciona sus auxilios, en cierto modo, le hace violencia, sin menoscabo de su libertad, y es, por consiguiente, madre de la fé. Por eso dijo Jesucristo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y os abrirán; porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (MATTH. VII, 7 et 8).

Me preguntareis, tal vez, si se necesita la fé para orar; y, en este caso, si se necesita orar para tener fé, estaremos encerrados constantemente en un círculo vicioso. ¡Ah! sí, hermanos míos, un círculo vicioso! Pero ved de qué modo Dios lo desvanece. Convengo en que para orar es necesaria la fé, al ménos una fé incoada. ¿Sabeis lo que es la fé incoada? La fé incoada es la vacilacion; la vacilacion es el principio de la fé, como el temor es el principio del amor. No hablo de ese excepticismo que afirma, dudando; sino de esa duda sincera, que mueve al hombre á decir: acaso puedo conseguir el conocimiento y el amor de ese Dios. ¡Acaso! Esta duda, hermanos míos, es el principio de la fé, y esta fé incoada no la arrancareis de vuestro corazon fácilmente. Es la fé en el estado indeciso, que pasará ó no al estado de conviccion, segun sea vuestra voluntad; que se presta á todo, á afirmar á Dios ó á negarle, á amarle ó á aborrecerle.

Todos, hermanos míos, podemos orar, porque todos creemos ó dudamos. Débiles insectos escondidos bajo el débil tallo de yerba, nos perdemos en vanos raciocinios, preguntándonos de dónde venimos y

á dónde vamos; pero ¿no podemos exclamar: Tú, quien quiera que seas, tú que nos has formado, dignate sacarme de mi duda y de mi miseria? ¿Quién no puede suplicar de este modo? ¿Quién puede excusarse de hacer esta oracion? ¡Ojalá! hermanos míos, os haya yo inspirado al ménos el saludable pensamiento de volveros á Dios por medio de la oracion, y de anudar con él vuestras relaciones, no solo por el espíritu, sino tambien por las aspiraciones del corazón! Esto es lo que espero de vosotros, esto es lo que pediré por vosotros para que seais felices en el tiempo, y felices en la eternidad.

---



---

## FÉ.

(SUS CUALIDADES.)

---

### IV.

*Simile est regnum caelorum grano sinapis.*  
El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza.

(MATTH. XIII, 31.)

Para darnos el Hijo de Dios una idea de su Iglesia, nos la representa bajo la figura de la mostaza, que, siendo una de las más pequeñas semillas, llega á formar una especie de arbusto, en cuyas ramas pueden posarse las aves. Tal es la fé ó la doctrina de la Iglesia. Mirándola al través del prisma de los sentidos, parece la más baja y más miserable de todas las ciencias; en su objeto se descubre un Dios crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles; en sus preceptos se nota cierta violencia á las inclinaciones de la naturaleza; en sus fundamentos se halla el pecado original, desde el principio del sér y de la corrupcion general de la naturaleza; en su estilo, una suma sencillez; en sus primeros predicadores, unos hombres sacados de la clase más humilde del pueblo; todas, á la verdad, circunstancias que inquietan la naturaleza, que hacen fuerza al entendimiento humano, y que solo parecen capaces de atraerse el menospre-

cio de los hombres. No obstante, la mostaza se eleva como si fuera un árbol, y los pájaros del cielo posan sobre sus ramas. A este modo, la doctrina del Evangelio se eleva hasta el cielo, extiende sus ramas hasta las últimas extremidades de la tierra, y todas las almas, que suspiran por el cielo, vienen á establecerse sobre ellas.

Esta explicacion, que mira á la Iglesia en general, se puede aplicar en el sentido moral á cada cristiano en particular. La fé es semejante al grano de mostaza respecto de aquellos que la reciben. Pequeña en la apariencia, llega á hacerse en el corazón del justo un árbol considerable, que dá un fruto de toda especie de buenas obras, conforme á lo que está escrito, que el justo vive de la fé. No sucede así al pecador, que no se quiere dirigir por las luces de la fé. Y esto mismo me empeña á haceros ver la grandeza de la fé, por una parte, y por la otra, su pequeñez, su grandeza en sí misma, y su pequeñez en el corazón de los cristianos. Os demostraré, primero, *cuál debe ser la fé de un cristiano*; y en seguida, *cuál es, no obstante, la fé de la mayor parte de los cristianos*. Imploremos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Hablando S. Pablo de las armas que Dios le puso en las manos para someter, reducir y subyugar los hombres á la fé, dice, que no son unas armas segun la prudencia de la carne, sino armas enteramente espirituales, que por virtud divina podian trastornar, destruir y aniquilar al fuerte, no ménos que al débil. Con estas armas, dice el Apóstol, reducimos á servidumbre todos los entendimientos para reducirlos á la obediencia de Jesucristo: *In captivatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (II Cor. x, 5). Notad bien estas palabras, y la comparacion de que habla el Apóstol. No hay cosa más humilde, ni más sujeta que un esclavo. Él debe obedecer á su señor sin replicar, tanto en las cosas de poca entidad como en las más considerables; debe ser pronto y activo en hacer cuanto se le manda. A esto mismo nos obliga la autoridad de la fé luego que la hemos recibido; primero, debemos estar sujetos á ella sin replicar; ó bien tengamos milagros, como por fiadores de su autoridad, ó bien dejemos de tenerlos, siempre debemos obedecerla. Segundo, debemos obedecerla en todo, no juzgar de las cosas sino por los principios de ella, corregir sobre sus luces los defectos de nuestros conocimientos, determinarlos con ella si anduvieron vacilantes é indeterminados, santificarlos por ella si fueren profanos, y rechazarlos de nosotros si le son contrarios. Tercero, debemos obrar por ella, hacerla árbitra de nuestros pensamientos y la regla de nuestra conducta. Así, la fé de

un verdadero cristiano debe tener las tres cualidades que se notan en el testimonio de S. Pablo. Debe ser humilde y obediente, *in captivitate redigentes*; entera y universal, *omnem intellectum*; viva y activa, *in obsequium Christi*.

Solo con saber qué cosa es fé, se comprende, desde luego, que debe de ser humilde y obediente. La fé, dice el Apóstol, es el fundamento de las cosas que esperamos, y una prueba evidente de las cosas que no vemos: *Est autem fides sperandarum substantia rerum argumentum non apparentium* (HEBR. XI, 1). Hay ciertas verdades en nuestra religion que comprendemos muy bien, y otras que no podemos comprenderlas: comprendemos bien, por ejemplo, que hay un Dios criador de todas las cosas. Encierra asimismo algunas verdades superiores á nuestros conocimientos. Tales son los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion del Hijo de Dios, de la presencia real de Jesucristo en cuerpo y en alma en el santísimo Sacramento, etc. Pero por ocultas que estén estas grandes verdades, la fé, no obstante, que es una conviccion de lo que no vemos, *argumentum non apparentium*, nos las persuade más vivamente, que si las viéramos con nuestros propios ojos. Veamos cómo sucede esto. La fé exige de nosotros una humilde sumision á la palabra de Dios, que la ha revelado, cuya revelacion es infinitamente más segura y más verdadera, que todo lo que se presenta al entendimiento humano con la más cierta y más invencible evidencia. Los herejes, para seguir con libertad su propio parecer ó interpretar á su modo la santa Escritura, huyen de esta humilde sumision. Y como abusan de ella para su propia ruina, como dice S. Pedro, ¿qué hace la fé? Nos enseña, que no podemos recibir el sagrado depósito de la Escritura y de la tradicion, sino de la Iglesia, á quien Dios lo ha confiado; de la Iglesia, que es la columna y fundamento de la verdad; de la Iglesia, á quien estamos obligados á escuchar, so pena de ser excomulgados y separados de Jesucristo, su cabeza y su esposo. Y en esto veis, hermanos míos, como la sumision es la primera cualidad de la fé cristiana. Por más que tengamos todos los tesoros de la ciencia, si nos falta la humildad y sumision á la Iglesia, ésta nos desechará, y no nos reconocerá por hijos suyos.

Nuestra fé debe ser eterna y universal. No hay cosa tan vasta como la fé: no hay cosa tan dilatada á que no se extienda la fé. Lo que pasa en el cielo y lo que sucede en los infiernos; lo que está sepultado en las tinieblas de lo pasado y lo que está aún escondido en los abismos de lo venidero; lo que sucedió en el principio del tiempo y lo que sucederá hasta su fin, todo pertenece á la fé, que siendo como es, una participacion de la ciencia del mismo Dios, encierra en sí hasta los

conocimientos más remotos. Pero aunque la fé sea tan vasta y nos descubra tanta diferencia de cosas, se debe notar, no obstante, que es una é indivisible. *Una fides*, como dice el Apóstol. Dividánse cuanto se quiera las materias de la fé; pero jamás se llegará á dividir la fé misma, porque su objeto formal, como dicen los teólogos, es la primera verdad; esto es, Dios revelando á su Iglesia los dogmas que ella nos propone. Cualquiera que deja de creer alguno de ellos, cesa de asentir y someterse á esta primera verdad, y será reprobado de Dios como si ninguno hubiera creído. Así no os engañeis, hermanos míos, vuestra fé debe ser entera: en la religion cristiana es necesario creer á todo ó á nada.

En fin, la última cualidad de la fé es, que sea viva, activa, y que nos una, nos incorpore á Jesucristo: *In obsequium Christi*. El creer no consiste en rezar simplemente el credo, ni el ser fiel en decir solamente con la boca las palabras de la fé, sin dar á conocer por las obras lo mismo que se cree: la fé, que justifica, y sin la cual nadie puede salvarse, es una fé que obra por medio de la caridad y se explica en obras de caridad: esta es la fé de que vive el justo: esta la que elogia S. Pablo en su epístola á los hebreos (HEBR. XI), en donde recorriendo todos los siglos pasados, nos hace ver los grandes varones que hubo en el antiguo Testamento, y nos los representa grandes, solo en cuanto lo fueron delante de Dios, diciendo que esto lo lograron solo por la fé: *Sanctiper fidem*. No sola la ley antigua tuvo esta ventaja, tambien la nueva puede lisonjearse, y con razon, de haber tenido héroes y conquistadores por la fé. Y sin traeros á la memoria, amados hermanos míos, los ejemplos de fervor y caridad de la primitiva Iglesia, los cadalsos humeando, y teñidos de la sangre inocente de una infinidad de mártires, mirad solamente lo que hace la fé, aún ahora, en tantas almas santas, que incesantemente dan frutos de buenas obras, y que nada olvidan para ganar el cielo. Imitémoslos, pues; tengamos una fé obediente, entera, viva y activa; pero ¿es esta la fé que anima á la mayor parte de los cristianos? Esto es lo que necesitamos examinar.

2. La fé debe ser humilde y obediente, y nosotros perpétuamente y sin cesar queremos disputar de todo: la fé debe ser entera y universal, y nosotros no queremos creer sino lo que se nos antoja: la fé debe ser viva y activa, y nosotros no queremos conformar nuestra vida con nuestra creencia. Ved ahí tres defectos considerables que yo advierto en la fé de la mayor parte de los cristianos de nuestros dias.

La fé debería persuadirnos con tal conviccion, que no deberíamos tener ya curiosidad, despues de haber conocido á Jesucristo, ni bus-

car más ciencia despues de haber recibido el Evangelio: con todo eso, ¡cuántos cristianos se ven el dia de hoy en la iglesia, que en materia de religion no se gobiernan más que por las luces de la razon, sin deferir en cosa alguna á la autoridad de la palabra de Dios; que creen lo que comprenden, y desprecian lo que ignoran, y no pueden llegar á comprender! Creen mil cosas en el mundo sobre la palabra de un hombre; solo con Dios se atreven á disputar de todo, solo en materia de religion discurren como se les antoja. Pero el Señor les echará en cara algun dia á estos que, con el pretexto de seguir la razon, han sido los hombres más sin razon, y los más insensatos de cuantos ha habido en el mundo.

Otros hay que solo creen lo que les agrada, y tienen la temeridad de constituirse árbitros de la religion. Si padecen alguna adversidad ó si les sucede alguna desgracia, ó tienen alguna pérdida considerable, ó les aflige alguna enfermedad penosa, en lugar de conformarse con la voluntad de Dios, y humillarse bajo su omnipotente mano, que los azota para corregirlos, creen que no hay Providencia. Si se les predica sobre la obligacion que hay de guardar castidad, dicen que esta virtud es una quimera: cuando les acomete alguna tentacion de la carne, dudan de la existencia de las penas del infierno y de la eternidad, mezclando muchos errores con su creencia. Otros, en fin, se dejan arrastrar de opiniones nuevas, que lisonjean sus inclinaciones ó la corrupcion de su corazon. Cristianos que me escuchais, no deis lugar á que alguna de estas cosas debilite vuestra fé: contemplad que no poseeis en este mundo otra alhaja más preciosa. Si alguno se pusiera en disposicion de quitaros vuestros bienes, ¿qué no hariais para defenderos? Y qué ¿teneis algun bien más apreciable que el de la fé, que encierra en sí todo el fondo y todo el patrimonio de vuestra esperanza?

Pero aún hay otra desgracia más comun, y es, que la mayor parte de los cristianos no tienen más que una fé muerta. Permitidme, hermanos míos, que os diga con el apóstol Santiago: ¿De qué os servirá tener la fé sin obras? ¿Pensais que una fé estéril por sí sola sea capaz de salvaros? No, cristianos que me escuchais, no os engaños: á la manera que un cuerpo sin alma está muerto, de ese modo la fé sin las buenas obras es una fé muerta. Si, cristianos flojos y perezosos, que descuidais de practicar las obras de la fé, yo os digo con toda la libertad que me dá mi ministerio, que esa fé que teneis, léjos de justificaros delante de Dios, solo servirá para que algun dia os condene con más severidad: harto mejor os sería á la hora de la muerte no haber oido hablar jamás de las verdades del Evangelio, que despues de

tantas y tan reiteradas instrucciones como habeis recibido de los ministros del Señor, haber proseguido con una vida inútil, y aún, muchas veces, enteramente contraria á la fé que profesábais. Para ser un verdadero cristiano, es necesario hablar y obrar como cristiano: es necesario que las palabras y las acciones den testimonio de nuestra religion, y que los sentimientos del corazon estén acordes con las palabras de la boca.

Os ruego, hermanos míos, que os tomeis cuenta á vosotros mismos de vuestra fé. Ved si teneis esta fé humilde y obediente; esta fé entera y universal; esta fé viva y activa, de que acabamos de hablar. Si la hallais, dejadla obrar sobre vosotros en toda su extension, y conocereis su virtud y su eficacia.

Señor, dadnos aquella fé viva, sin la cual ni podemos agradaros, ni salvarnos. Nosotros bien podemos hablar de ella, pero sin vos y sin vuestra gracia no podemos alcanzarla. Derramadla, oh mi Dios, sobre nuestros corazones, para que por medio de ella veamos nuestras obligaciones, y viviendo conforme á nuestra creencia, merezcamos ver mudada esta fé en una luz de gloria, que descubrirá vuestras infinitas perfecciones, y nos las hará contemplar cara á cara por toda la eternidad, que es lo que os deseo.

---



---

## FÉ.

(PRÁCTICA.)

---

### V.

*Peri it fides.*  
Muerta está su fé.

(JER. VII, 23.)

Hermanos míos, ved las palabras que el Señor dirigió en otro tiempo á Israel por la boca de su profeta: «Tú dirás á mi pueblo: Esta es aquella nacion que no ha escuchado la voz del Señor Dios suyo; ni ha admitido sus instrucciones; no hay ya fé entre sus hijos.»

Hermanos míos, escuchemos á Jeremías; su palabra profética ha

anticipado los tiempos, y hoy, como en otros días, nos grita á la puerta del templo: «¡Muerta está su fé!» Hoy, como en otros tiempos, nos amenaza con la justicia de aquel que le ha enviado.

«Así, pues, no tienes tú, Jeremías, continúa el Señor, que interceder por ese pueblo, ni me ruegues, ni me pidas por él; no te opongas á mi justicia; no te escucharé, porque no hay ya fé.»

Semejante lenguaje, dirigido al pueblo judío, testigo de tantas maravillas, nos confunde; y admirados de la incredulidad de los Judíos, decimos con su legislador: «Si; á ese pueblo con razon se le llama pueblo de dura cerviz.» *Populus cervicis duræ!* Le acusamos, y hasta decimos: ¡Oh! si nosotros hubiésemos sido testigos de cosas tan grandes, nada hubiera podido turbar nuestra fé. ¡Qué insensatos somos! ¡Reprendemos con amargura á los Judíos un mal que, entre ellos, era solamente pasajero, miéntras que es permanente en medio de los cristianos! No; no hay ya fé; la fé sería, la fé práctica, esta fé se apaga. Y en efecto, hermanos míos, ¿quién ménos que nosotros tiene esa fé, que, segun el Evangelio, transporta las montañas? ¿Quién ménos que nosotros tiene esa fé, que obra por la justicia y el amor? ¿A quién podrá decir el Salvador, como en otro tiempo: «Tened confianza, vuestra fé os ha salvado?» ¡Ah! cuán desgraciadamente, hermanos míos, se han realizado las santas palabras del rey profeta: «Las verdades se han debilitado en el corazon de los hombres; es el mal que mina sin fruto el edificio de nuestra salud eterna.»

Contentos con nuestro título de cristianos, no queremos ver sobre qué base reposa; y por poco que no hayamos llegado á ese punto de tibieza, que se hace indiferencia total, desprecio completo, nos creemos tan asegurados en nuestra dicha futura, como si llenásemos nuestra vida con el cumplimiento más entero de nuestros deberes. Los días se suceden á los días, los años á los años: el término llega en que debemos dar nuestras cuentas, sin que jamás hayamos examinado sobre qué principios debíamos apoyar nuestras obras. La fé las hubiera hecho meritorias, y no la hemos tenido; no creemos, ó si creemos, nuestra creencia es tan débil, que de aquí viene naturalmente, de aquí viene necesariamente, de aquí viene fatalmente la poca influencia que el fin ejerce sobre todas nuestras acciones. Y sin embargo, no nos engañemos en eso: «Aquel que no obra en mi favor, dice el Señor, obra contra mí.» Si no obramos en favor del Señor, ¿en favor de quién obramos? Dejo á vuestras conciencias el cuidado de responder. Es evidente, que si vuestras acciones están muertas para una fé inefable, lo están tambien para vuestra salvacion eterna: todo para el cielo, ó todo para la vida.

El Apóstol de las naciones nos dice: «Ora comais, ora bebais, ora obreis de cualquiera manera, hacedlo todo por el amor, la gloria y el nombre de Jesucristo.» Esto quiere decir, que la fé de su presencia, que la fé de su perfeccion, debe obrar á todo instante sobre vosotros, de manera, que cuando hubiéreis llegado al supremo momento, nada tengais que temer de la justicia de aquel, que ve manchas en los más puros astros.

Esta fé práctica, hermanos míos, esta fé hace los santós; esta es tambien la fé que venimos á ensayar de reanimar en medio de vosotros; no decimos resucitar, porque me dirijo á una asamblea de cristianos, en cuya alma la fé no puede estar enteramente apagada.

Vamos á hacer aquí, hermanos míos, el exámen de los actos de nuestra vida, ó, al ménos, de algunos de ellos: tal es el objeto que me propongo en esta familiar y lacónica instruccion. A. M.

1. Hermanos míos, cuando Dios libró á los Israelitas de la cautividad de Egipto, y por un milagro de su poder abrió los mares en su favor, les hizo manifestar su voluntad en estos términos: «Que mi ley esté siempre grabada en vuestro espíritu, que mis instrucciones no se borren jamás de vuestro corazon; meditadlas dia y noche; hablareis de ellas á vuestros hijos, hareis de ellas como un monumento eterno, que tendreis siempre ante vuestros ojos; llevareis ese signo sagrado en vuestras manos, coronareis con él vuestra cabeza, y será el más precioso adorno de ella; en fin, imprimid esta ley santa sobre vuestras puertas, de manera que no podais ni salir, ni entrar sin recordaros plenamente de ella.» ¿Qué significan estas palabras, hermanos míos? Con estas expresiones tan fuertes, ¿no trata de hacernos entender, que cualquiera que desea salvarse, debe tener la fé de Dios; no debe emprender nada sin consultarla; que debe reglar sobre ella todos los designios de su vida como sobre un modelo igualmente invariable; por último, que esta ley debe ser el principio, el medio y fin de todas sus acciones?

Observad bien, que esta proposicion es de tal manera verdadera, que esta fé, sin las obras, es una fé muerta; es la fé del demonio. La fé con sus obras es una fé de tal manera necesaria al cristiano, que sin ella todo está muerto en él; que sin ella nada es completo en el órden de la gracia. Y lo mismo que la fé sin las obras de la fé es una fé inútil y muerta, lo mismo las obras sin la fé son obras inútiles y muertas. Oid al apóstol Santiago: «¿De qué servirá á cualquiera decir que tiene la fé, si no hace las obras de la fé? ¿La fé podria sal-